



PERIODICO PARA TODOS

Administración:
CH 1236 CARTIGNY/GE
Suiza

PUBLICACION QUINCENAL

Subscripciones
Suiza, 1 año . . . Fr. 5.--
Otros países . . . \$ 3.--

Los fundamentos de la felicidad

Exposición del Mensajero del Eterno

EL programa divino que nuestro querido Salvador vino a ilustrar, dispensa la ayuda y el socorro a todos los seres humanos sin excepción, y no solamente a los judíos. Pero el apóstol Pedro, que era judío desde la planta de los pies hasta la raíz de los cabellos, había pensado que la salvación era esencialmente para los judíos. Pedro tuvo incluso un disgusto al enterarse de que la salvación, sin acepción de personas, se extendía a todos los seres humanos. Tuvo que pasar por diversas experiencias antes de estar en la sana noción de las cosas, y poner a un lado todas las ideas preconcebidas que estaban en su cerebro.

Es interesante ver que él fue el primero en ser empleado para traer el evangelio a los paganos. La visión que tuvo para hacerle comprender el pensamiento divino fue para él una prueba fantástica. Este era un ajuste muy sensible, pero él la aceptó humildemente. Por eso el Señor pudo utilizarlo magníficamente para traer el testimonio.

Es lo mismo para nosotros, y tenemos muchos pensamientos en desacuerdo con el Reino. Las pruebas que vienen nos ayudan a descubrir los déficits. Si aceptamos dócilmente las correcciones, y si ponemos a un lado lo que no cuadra con nuestro ministerio, podremos correr con éxito en la liza y llegar a la meta. Pero si cobijamos algo que sabemos que está en desacuerdo con los principios del Reino, acabaremos por desviarnos y errar la meta.

Una cantidad de cosas parecen sin importancia a primera vista; sin embargo, si no las eliminamos, pueden hacernos desviar completamente del objetivo. Por ejemplo, el comilón y el bebedor no podrán sostener la prueba definitiva, y si no se recobran serán barridos por la tempestad.

Por tanto, es indispensable ponernos voluntariamente a la disciplina del Reino de Dios. Entonces estamos sólidamente arraigados en la roca, y la tormenta no puede hacer sus estragos. Si se levanta una buena ráfaga, podemos en ese momento examinarnos, y ver de que estamos hechos, y cómo resiste nuestra casa. Si ésta aguanta las intemperies como conviene, es que hemos hecho lo necesario.

Si podemos guardar la tranquilidad y la calma, a pesar de las dificultades, damos un magnífico testimonio alrededor de nosotros y también a los ángeles caídos. Somos espectáculo a los hombres y a los ángeles, no hay que olvidarlo. Por tanto, si podemos desafiar los golpes del adversario, permaneciendo en una completa serenidad, damos la prueba de que nuestra casa es sólida y que no es edificada sobre la

arena, sino sobre los fundamentos eternos del Reino de Dios.

Si nos sentimos alicaídos cuando interviene una prueba, esto nos indica que el neumático no está bien hinchado; es que hemos rodado sobre la llanta, y los obstáculos han podido estropear la cámara de aire. Si el neumático hubiera estado suficientemente hinchado, esto no se hubiera producido.

De esta manera podemos darnos cuenta en qué punto estamos. Esto demuestra precisamente que las pruebas que se presentan son excelentes e indispensables, y que no son para los demás, sino para nosotros mismos. Por lo tanto, es verdaderamente poco acertado querer echar la culpa al prójimo cuando nos ocurre una dificultad.

Estemos bien seguros de que el Señor no dejaría venir una dificultad si no nos fuera útil y favorable para nuestra afirmación. Pues en estas ocasiones podemos ver si la casa es sólida, si es hermética por todas partes, si le falta una teja o si uno de los postigos no está suficientemente ajustado.

Si hay deficiencias, se ven en la tormenta, porque el viento derriba lo que no es sólido y la lluvia penetra donde la casa no es hermética. Así se ven los defectos de la armadura, y se pueden hacer las reparaciones necesarias. Si la prueba no hubiera venido, no hubiéramos visto la situación. Por tanto, la prueba es indispensable y debería ser bienvenida.

Me ha sucedido también no permanecer tranquilo delante de ciertas dificultades, y me he examinado con cuidado para descubrir mis sentimientos. Me he humillado y he tomado las precauciones necesarias para que la próxima vez la prueba no revele una brecha. Cuando todas las debilidades son vencidas, y que la tranquilidad del corazón no puede ser perturbada por cualquier cosa que ocurra, es entonces la victoria.

Como lo vemos, es absolutamente necesario seguir los caminos divinos, si queremos afirmar nuestra vocación y nuestra elección. El Reino de Dios no puede ser introducido con la teoría, sino solamente con la práctica. Con la teoría únicamente, podemos imaginarnos toda clase de cosas, pero en realidad nada es realizado, y no tenemos nada en manos.

Mientras que, si nos encontramos en el corazón de la dificultad y que luchamos, confiándonos en Aquel que nos ha prometido ayuda y asistencia, entonces somos combatientes que luchan con éxito. Realizamos la victoria completa, y podemos ser imitadores de aquel de quien hablaron los discípulos diciendo: "¿Quién es éste a quien los vientos y el mar obedecen?"

Por tanto, para realizar los caminos divinos es preciso tener la práctica. Como nos lo muestra el Señor, es menester primero tener docilidad y sumisión. Él nos da magníficas comparaciones para ayudarnos a comprender la línea de conducta que debemos realizar.

El compara a los discípulos a pescadores que van a la pesca. Ahora bien, si quiere el pescador atraer los peces, ha de ocultarse; sólo el cebo es visible, y el pescador se oculta. Esta es una gran lección para nosotros, porque nos hace ver que, cuando llevamos el mensaje, no conviene hacer ostentación de nosotros, sino poner de relieve el Reino con toda su belleza y toda su pureza.

Pero si consideramos que tenemos algún valor, y nos ponemos de relieve con nuestros defectos y el espíritu del mundo que está aún en nosotros, podemos estar seguros de que el resultado no será favorable. Los que nos escuchan dirán: "Es como en cualquier otra parte, son tan sólo una banda de presuntuosos y de hipócritas." Pero si hacemos resaltar solamente la noble figura de nuestro querido Salvador y su obra admirable, presentándonos con modestia y sólo dando valor al mensaje, encontraremos entonces eco y simpatía.

El Señor nos muestra la importancia que hay de buscar la pureza del corazón, y de rechazar todas las trabas. Él nos muestra que es preferible entrar en el Reino con un brazo, que con los dos quedarse fuera. Él dice: "Si tu ojo te impide entrar en el Reino, arráncatelo", etc.

Estas son imágenes muy significativas que muestran lo que tenemos que hacer. Por tanto, si proseguimos con resolución, estando decididos en todos los casos y circunstancias a dar siempre el primer lugar al Reino, podemos estar seguros de que venceremos en toda la línea. Ninguna influencia adversa podrá detenernos.

En cuanto a mí, he tenido mi parte de dificultades, y me alegro de haber pasado por todas las experiencias que se me han presentado. Esto me ha ayudado mucho a comprender las instrucciones divinas, que son magníficas, gloriosas e interesantes en alto grado. Estos caminos nos guían bien a la meta; pero no debemos tener un corazón dividido.

Si somos desobedientes, si no tomamos a pecho los consejos del Señor, esto será seguramente a expensas nuestras. En un momento dado nos sentiremos del todo en la incertidumbre, porque no habremos hecho lo que en tiempo oportuno hubiera sido tan fácil hacer; con esto no habremos cambiado el carácter.

El pequeño rebaño está invitado a amar a sus enemigos, a orar por los que lo persiguen, a bendecir a los que lo maldicen. El que rea-

liza este programa no tiene ya nada malo en su corazón, lo tiene totalmente transparente.

Si procuramos honradamente seguir esta dirección, sentiremos el apoyo amable y benévolo del Señor y podremos hacer progresos magníficos. Si verdaderamente les hacemos bien a los que nos hacen mal, no tendremos más ningún pensamiento amargo contra ellos.

Alegrémonos, pues, de tener enemigos. Esto nos da la ocasión de medirnos con el programa del Señor, y de aplicarnos en él con todo nuestro corazón. Si no tenemos enemigos, no podemos ver en qué punto estamos; tal vez pensemos que estamos en la nota, pero así no haremos los esfuerzos necesarios para la transformación de nuestro corazón.

Es como lo he ilustrado a menudo tomando el ejemplo de un tonel lleno de agua que parece completamente clara y pura. Se diría que el agua está completamente límpida, pero si removemos el líquido hasta el fondo, una cantidad de limo, cuya presencia no sospechábamos, sube a la superficie y muestra que las cosas no son como las suponíamos.

Así, cuando se manifiesta la adversidad, ésta nos muestra la situación real de nuestro corazón para que podamos corregirnos. Como lo cantamos en uno de nuestros cánticos, es menester vencer en nuestros corazones todos los malos sentimientos, la animosidad, la cólera, los celos, etc.

Estar expuestos a toda clase de dificultades y superarlas con facilidad, sostenidos por el poder de la gracia divina, esta es una maravillosa situación de corazón que deben adquirir los que quieren ser más que vencedores. En cuanto a mí, hace mucho tiempo que me apoyo en el Señor y que cuento con él en todas las circunstancias, nunca buscando otra cosa sino las cosas que él desea.

Yo he visto que el Señor me ha guiado maravillosamente, que nunca ha dejado que me falte nada, me ha bendecido más de todo lo que yo podía pensar. Hablo con conocimiento de causa, cuando digo que el Eterno es fiel. No es la teoría sino la práctica que me concede esta convicción absoluta. He obrado conforme a los principios divinos, contando con el Señor, y he visto que esto salía magníficamente bien en todas las circunstancias.

El Señor quiere hijos y no esclavos, y es la situación de nuestro corazón que muestra si somos hijos o esclavos. Son también los sentimientos adquiridos en el corazón que designarán definitivamente a los candidatos al alto llamado en la categoría del pequeño rebaño o en la de la gran compañía, e incluso en la categoría de aquellos que no pueden subsistir por haber resistido al espíritu de Dios.

Es la situación del corazón que cuenta igualmente para el Ejército del Eterno. Por esto, es preciso que consideremos las cosas objetivamente y que no nos engañemos siempre nosotros mismos, contentándonos con una teoría poco más o menos.

Aprovechemos las ocasiones, pues, que nos son dadas para formar un carácter estable, sólido, capaz de resistir a todos los ataques. Necesitamos un carácter que no ceda ante las dificultades, que no esté sujeto al temor, porque estamos convencidos de que todo lo que el Señor deja venir es para nuestro bien, y nunca para nuestro mal. Naturalmente, podríamos ahorrarnos muchas correcciones, dolores, dificultades de todas clases, si anduviéramos más honradamente en los caminos divinos.

Una cantidad de pruebas no nos serían ne-

cesarias, y el Señor no las dejaría venir hasta nosotros, porque él elimina cuidadosamente todo lo que no nos es indispensable. Pero mientras no hemos asimilado una lección, ésta se presenta de nuevo hasta que la hayamos realizado. Cuando la lección es aprendida, es una verdadera liberación.

Por ejemplo, no es posible humillar a uno que ha adquirido la humildad. Como el orgullo está eliminado de su corazón, no hay más reacción por este lado. Se puede probar todo lo que se quiera para humillarlo, no se logra, y nada se turba en él.

Esta es una magnífica situación de corazón, y no se manifiestan en él las crispaciones nerviosas. Pues hace simplemente lo necesario, ora por el culpable, lo cubre con su amor. De esta manera se afirma cada vez más la limpidez de su corazón. Así el humilde nunca registra déficits, sino todo lo contrario, obtiene una ganancia, porque cosecha con su línea de conducta un inmenso beneficio.

Es así como se introduce en la tierra el Reinado de la justicia y del amor; es haciendo el bien sin cansarnos y estando deseosos de realizar el programa divino en toda su extensión. Este glorioso programa fue seguido primeramente por nuestro querido Salvador. Sus primeros discípulos siguieron sus pasos, y todos los miembros del cuerpo de Cristo los han seguido más tarde.

Todos han tenido que pasar por la adversidad, pero la han vencido por la fe, al vivir la verdad, devolviendo bien por mal, a ejemplo de su divino Modelo. Esta conducta ha transformado su carácter, les ha procurado honra y gloria. Al mismo tiempo, esta manera de conducirse ha sido para otros una bendición, un estímulo y un maravilloso socorro.

Actualmente, nos encontramos al final de la época del alto llamado y la revelación de los hijos de Dios se manifiesta ahora a los ojos de la humanidad doliente y enferma. Por lo tanto, conviene que vivamos íntegramente el programa divino y apresuremos el Día de Dios. Podemos apresurar o retrasar el Día de Dios según el celo que pongamos en hacer lo necesario. Es preciso decir honradamente que estamos aún lejos de realizar los esfuerzos de que seríamos capaces.

Lo que se nos pide es mantenernos siempre bajo la unción de la gracia divina, a fin de que tengamos constantemente buen tiempo en nuestro corazón. De esta manera: todo lo que hagamos tendrá la aprobación del Señor y podremos desplegar un grandioso poder de bendición a nuestro alrededor.

El Reino de Dios no es para nada difícil de realizar. Les parece duro solamente a aquellos cuyo corazón es dividido. Las gentes del mundo, puesto que no conocen nada de los caminos divinos, son mucho menos responsables que los que han entrado en contacto con los principios del Reino y que han comprendido algo de ellos.

Somos responsables en la medida del conocimiento que tenemos de las cosas divinas. El que conoce el programa del Señor y no lo vive, viola su conciencia. Si persiste en hacer el mal deliberadamente y con conocimiento de causa, acabará finalmente por matar totalmente su conciencia, y entonces quedará muerto espiritualmente.

Actualmente la buena conciencia no se ha despertado aún en los seres humanos, porque no han entrado aún en contacto de un modo especial con las cosas verdaderas. Pero el que está iniciado, que sabe hacer el bien, y no lo hace, sale al paso de una terrible decepción.

En efecto, el que escoge voluntariamente las tinieblas, después de haber conocido la luz, se ocasiona un mal espantoso. Se hunde en una oscuridad tan profunda que le será imposible volver a encontrar el camino que conduce a la luz. Esta es entonces la completa maldición.

Por lo tanto, es apremiante para cada uno de nosotros escoger la mejor parte y correr en la liza de una manera conveniente, mientras el tiempo es favorable. Los momentos son actualmente muy serios y preciosos. El Señor nos dará todo lo que necesitemos para tener éxito, si estamos verdaderamente decididos a poner el todo por el todo.

Lo esencial es que seamos fieles. Debemos seguir avanzando sin temer a lo que sea. No debemos ser como aquellos que no se atreven a decir la verdad, por temor a ciertas represalias. Sólo puede sucedernos lo que el Eterno deje venir, pues El lleva el timón y guía la barca con seguridad. Podemos contar con El.

Por mi parte, no quisiera ser de aquellos de que habla el apóstol Pedro diciendo que son como perros mudos, que no se atreven a ladrar. Yo me esfuerzo en hacer lo necesario en mi corazón, de manera que pueda estar completamente en regla con mi Maestro y con el programa divino.

Entre otros, yo procuro que las correcciones o rectificaciones necesarias a mis queridos colaboradores contengan el maravilloso y amable espíritu del Reino. Las hago para que nadie se imagine estar en lo verdadero a pesar de estar en una pendiente peligrosa.

Naturalmente, conviene que cada uno tome a pecho las exhortaciones y los consejos que nos son dados, a fin de edificar un carácter capaz de sobrepujarlo todo y de manifestar los sentimientos de un hijo verdadero.

En esto queremos ejercitarnos, a fin de formar parte de esta ciudad incommovible, que es la Ciudad del Dios viviente que se mantiene con firmeza, aunque los montes se estremezcan en el corazón de los mares. La Ciudad de Dios es incommovible; subsiste eternamente, porque es edificada sobre la Roca de los siglos, nuestro querido Salvador.

Queremos apresurarnos en cambiar de carácter, practicando las buenas cosas y asociándonos con todo nuestro corazón a la obra de amor y de abnegación de nuestro querido Salvador. Esto es lo que queremos procurar realizar para honrar y santificar el santo Nombre del Eterno.



Preguntas para el cambio – del carácter –

1. ¿Aceptamos dócilmente las rectificaciones que revelan nuestros puntos débiles?
2. ¿No conservamos sentimientos que no estén de acuerdo con el Reino, y no acusamos nunca al prójimo de nuestros fallos, cuyas causas profundas deseamos discernir?
3. ¿Hemos edificado nuestra casa sobre la arena, o sobre la Roca de los siglos?
4. ¿Cuáles han sido nuestra docilidad y nuestra rectitud delante de las lecciones de humildad y de altruismo?
5. ¿Traemos el Mensaje con modestia, haciendo prevalecer el gran Salvador, el Autor de nuestra salvación?
6. ¿Viene a ser estable nuestro carácter en el bien y puede resistir a toda clase de ráfagas?